

GABRIEL ELIGIO GARCÍA: UN NOTABLE MÉDICO HOMEÓPATA

Por Carlos Rugeles Castillo.

Doctores: Silvia Cadena, Directora del Instituto Luis G. Páez, Tomás Quiroz Presidente del Consejo Directivo del Instituto Homeopático Luis G. Páez, Iván Torres, Rector de la Fundación universitaria Luis G. Páez. Marcela Muñoz, Directora del Departamento de Veterinaria. Señores Delegados de los países Latinoamericanos y Europeos al Congreso Internacional de Homeopatía. Señores Médicos Docentes de la Fundación. Distinguidos miembros del cuerpo Médico, Señores Estudiantes.

Señoras y Señores:

Agradezco a las directivas del Instituto Luis G. Páez, haberme designado para llevar la palabra, en estas jornadas académicas del Congreso Internacional de Homeopatía, en que celebramos el primer centenario de nuestra Institución y así mismo la Fundación de la universidad, que hoy abre sus puertas a los estudiosos de la Homeopatía en Latinoamérica, para evocar la memoria del médico Homeópata Gabriel Eligio García, padre del Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez. Considero que la importancia de Gabriel Eligio García no radica, como se ha creído equivocadamente, en haber ejercido en varios municipios de la región caribe, el oficio de telegrafista, sino en el hecho fundamental de haber sido un prestigioso médico homeópata, que dedicó su talento y su aguda observación de la naturaleza humana, al estudio y ejercicio de la ciencia médica por el método terapéutico creado por Samuel Hahnemann. Sin embargo, muchos de ustedes recordarán en el momento en el que la crítica aclamaba a Gabriel García Márquez como uno de los grandes de la literatura del siglo XX, él reclamaba para sí, la distinción de haber sido uno de los once hijos del telegrafista de Aracataca. Parientes y amigos de Gabriel Eligio García, -sabedores de sus verdaderos méritos profesionales-, habrían visto con agrado, que un título honorífico que el Nobel reclamaba ha debido ser, entre otros, el de primogénito de un notable médico homeópata.

Gabriel Eligio García nació en el municipio de San Luis de Sincé, departamento de Sucre en el año 1901; habiendo cursado sus estudios de primaria y bachillerato se inscribió en la Universidad de Cartagena para adelantar estudios de medicina y farmacia, los que al segundo año debió abandonar porque su situación económica se hizo insostenible, según el testimonio de Luisa Santiaga Márquez, su esposa. De regreso a su tierra natal, aprendió en un mes el oficio de telegrafista, que obviamente no debió llenar sus expectativas, como persona de sensibilidad artística y talento excepcional para fines superiores. Recordemos que se había perfeccionado como violinista en la escuela de música, no como profesión, sino para amenizar veladas y ofrecer serenatas en sus galanterías amorosas. También incursionó en la poesía y quiso ser cuentista y novelista aprovechando su

Intervención del Dr. Carlos Rugeles Castillo, Presidente del Consejo Directivo de la Fundación Universitaria Luis G. Páez, el día 15 de noviembre de 2014, en el Congreso Internacional de Homeopatía, llevado a cabo en la ciudad de Bogotá.

imaginación caribeña. Cuentan sus amigos y parientes que el verdadero inspirador del realismo mágico es Gabriel Eligio García y que muchos de los hechos y circunstancias que aparecen en las novelas de Gabo, fueron transmitidos por él a su hijo; tanto que Gabriel Eligio García, en una entrevista de prensa, -según la cita que hace García Márquez en su libro autobiográfico- respondiendo a una pregunta de si alguna vez hubiera querido escribir una novela contestó que sí, pero que descubrió que el libro que pensaba escribir, era el mismo que estaba escribiendo su hijo. Su fama en la región, según la misma fuente, era la de un excelente fabulador y contador de historias, “algunas exageradas”, salidas de su imaginación.

Por otro aspecto, alguno de sus biógrafos, Gerald Martin, dice que Gabriel Eligio García era un “tegu”. Lamentable equivocación del biógrafo, quien por razón de su oficio se supone, que estaba obligado a consultar fuentes fidedignas y a prescindir de juicios de valor. Tal vez en él influyó la subestimación que Gabo tenía por el oficio de médico homeópata de su padre.

¿Por qué no es cierta la afirmación de Gerald Martin?. Así hubiese sido un autodidacta, Gabriel Eligio obtuvo su título de médico Homeópata y conforme a las disposiciones legales que reglamentaban en su época el ejercicio de la profesión médica, cumplió a cabalidad con todos los requisitos legales y académicos para poder ejercer la profesión médica. De ahí que la Junta de Títulos Médicos del Departamento del Atlántico, le concedió la licencia para el ejercicio de la medicina homeopática; licencia que fue refrendada, ulteriormente por el Ministerio de Educación, con alcances en todo el territorio Nacional. Por esas paradojas de la vida, García Márquez, ocultó los éxitos profesionales médicos de su padre. Para la muestra un botón: cuando se refiere a la epidemia de la enfermedad del sueño venida de La Guajira, dice que la epidemia se pudo controlar con un cocimiento de la planta denominada Acónito. Lo que no es cierto, porque el Acónito es un arbusto que contiene un principio muy enérgico llamado Aconitina que es un veneno letal. Si lo dicho fuera cierto, las personas víctimas de ésta epidemia, al ingerir este brebaje habrían muerto por envenenamiento. La verdad es que el tratamiento mediante el cual se pudo controlar la epidemia, fue el aplicado por Gabriel Eligio García a base de glóbulos de Acónito a diluciones que no eran tóxicas y sí medicinales, con las cuales pudo obtener los resultados que lo acreditaron a él y a la homeopatía. Lo mismo ocurrió con una epidemia de disentería que Gabriel Eligio García, logró controlar utilizando el método terapéutico homeopático.

Este hecho no es nuevo, -Tirios y Troyanos- desde la época de Hahnemann, esto hace más de siglo y medio, han reconocido las bondades y los resultados maravillosos de la medicina homeopática contra las epidemias. Hoy, los médicos homeópatas en Latinoamérica y en el mundo, están haciendo serios esfuerzos investigando el tratamiento médico homeopático indicado para controlar y prevenir homeopáticamente la epidemia del Ébola. Ojalá la medicina convencional, soberbia, científica, ortodoxa y dogmática, dé un paso al costado y entienda que

la medicina homeopática, como medicina alternativa, puede prevenir y curar, como tantas veces lo ha hecho históricamente, este nuevo azote epidémico de la humanidad. Siguiendo el hilo de mi exposición quiero volver sobre un aspecto que considero importante, García Márquez en su autobiografía dice que su padre abandonó la telegrafía y consagró su talento de autodidacta a la homeopatía, una “ciencia venida a menos”. ¡Que pasmosa equivocación!. La apreciación a la luz de la verdad es errada: la homeopatía por los años de la segunda, tercera y cuarta década del siglo pasado, no afrontaba la supuesta crisis que el Nobel le atribuye. Todo lo contrario, era una ciencia en ascenso frente al fracaso de la medicina oficial en el tratamiento muchas de las enfermedades, en el que el método tradicional pretende suprimir los síntomas, sin tener en cuenta las causas de la enfermedad.

La homeopatía en nuestro medio tiene una tradición casi bicentenaria: llegó al país con la importación de las primeras obras de doctrina homeopática en el año de 1825, provenientes de Europa, principalmente de Alemania, Francia, suiza y España. Intelectuales que no tenían formación médica, tomaron partido en favor de la nueva ciencia de curar, en la medida en que entendieron que la buena nueva era una medicina integral e integradora, holística, humanista, sistémica, que tomaba en cuenta al ser humano en todos sus aspectos físicos, mentales, espirituales, emocionales y que no escindía al ser humano en órganos y sistemas, sino que lo integraba como una verdadera unidad psicosomática. Sea suficiente citar como ejemplo de estos intelectuales al poeta Rafael Pombo, y a los filósofos políticos Rafael Nuñez y Manuel María Madiedo, éstos últimos de origen cartagenero, pero los tres verdaderos apóstoles en la difusión de esta nueva doctrina médica. En cuanto a la recepción de la homeopatía por parte del cuerpo médico hay que citar a los eminentes médicos de la época: Juan Pardo y José Arrubla; José Félix Merizalde y Vicente Sanmiguel; José Peregrino Sanmiguel e Hipólito Villamil; Luis Hernando Álvarez Santillana y José María Álvarez Bermúdez; Gabriel Ujueta y Luis G. Páez, entre muchos otros.

Algo más: por la época en que Gabriel Eligio García abandona su oficio de telegrafista, la homeopatía en la región caribe estaba aprestigiada con la labor insomne de los médicos homeópatas, Néstor y Francisco Valiente en Cartagena y Barranquilla, quienes habían sido formados en la Escuela Norteamericana y eran seguidores de las enseñanzas del médico Albert Abrams, quien había incursionado en los estudios de lo que hoy se conoce como medicina de la energía o en otros términos, de la medicina homeopática fundamentada en los principios de la física cuántica inspirada en el principio de la similitud que considera que la enfermedad se puede curar reforzando los mecanismos defensivos del cuerpo, con sustancias caracterizadas por sus propiedades energéticas.

Tengamos presente que la medicina en la Universidad de Cartagena por la éstos años, se nutría de las enseñanzas de la Escuela Francesa, que reconocía el valor científico de la homeopatía debido a la permanencia y el apostolado del maestro

Intervención del Dr. Carlos Rugeles Castillo, Presidente del Consejo Directivo de la Fundación Universitaria Luis G. Páez, el día 15 de noviembre de 2014, en el Congreso Internacional de Homeopatía, llevado a cabo en la ciudad de Bogotá.

Samuel Hahnemann y sus discípulos en la “Ciudad Luz”. Lo que pudo obedecer posiblemente a una circunstancia geográfica, pues eran los tiempos en que resultaba más fácil trasladarse de la Costa Atlántica a Francia, que venir Bogotá a cursar estudios en las facultades de medicina. De dónde acá entonces, la afirmación de que la homeopatía era una ciencia venida a menos?. Embustes!, como decía Gabriel Eligio refiriéndose a las mentiras y exageraciones de su primogénito, el Premio Nobel.

Por un momento pensemos ¿qué razones tuvo Gabriel Eligio García para haber permutado su oficio de telegrafista por el estudio de la ciencia médica homeopática, aplicando todo su talento y sus capacidades intelectuales para hacer de sí mismo un excelente discípulo de Samuel Hahnemann?. Yo creo que no es difícil descubrir, así sea intuitivamente los motivos de su decisión. Hay que tener en cuenta que la telegrafía es un conjunto de conocimientos técnicos, en tanto que la homeopatía es una ciencia universal y una de las grandes verdades en el arte de curar, que no se aprende de un día a otro y requiere excepcionales condiciones, en quienes la estudian y la practican. No dudamos que para la época la telegrafía era un oficio bien remunerado con el poder inmenso de poderse comunicar con el mundo a través de sus códigos de transmisión. Guardadas las distancias en tiempo y espacio, podría pensarse que aquel método de comunicación masiva, lo reemplazó hoy la tecnología de la información y la comunicación.

En cuanto al aprendizaje de la medicina homeopática sin guías ni maestros, este estudio no debió ser fácil, toda vez que como autodidacta, debió enfrentarse solo a la proeza de entender una doctrina compleja, a través de la lectura de los grandes tratadistas, desde Samuel Hahnemann, su creador, hasta James Tyler Kent, Nash, Lipe y demás teorizantes que han seguido sus enseñanzas. Su talento, su aguda observación y su perseverancia se vieron recompensados porque a fe nuestra, Gabriel Eligio García, sorprendió los grandes secretos de esta nueva ciencia en el arte de curar; no obstante que para ese momento no era fácil captar en toda su dimensión, dimensión y alcances el pensamiento de Hahnemann, lo que ha sido posible a través del desarrollo científico operado en el siglo XX y principios del siglo XXI en que la ciencia y la filosofía de la medicina han considerado a Samuel Hahnemann como uno de los precursores del pensamiento cuántico dialéctico, evolucionista y creador de un método totalizante sistémico, ecologista y teórico de la complejidad; un científico y un humanista con profundo respeto por la vida en su integridad y un hombre con un férreo deseo de trabajar en beneficio de la humanidad, con una verdadera ética de servicio, como bien lo dijera Fritjof Capra, refiriéndose Leonardo Da Vinci y a los grandes humanistas del renacimiento, entre ellos a Paracelso y Erasmo de Rotterdam, para citar apenas dos de sus grandes valores. Rememorando la vida de Gabriel Eligio García, me imagino qué debió pensar él para abandonar el oficio de telegrafista. Seguramente consideró que la telegrafía era un oficio práctico sin alcances científicos y que la homeopatía era una ciencia; un método terapéutico apoyado en una ley fija de curación; un cuerpo de doctrina médica, una filosofía de la salud, de la enfermedad y de la

curación. Su decisión no tenía reverso, su vocación era definitivamente la medicina, así como la vocación de Gabo, era la de ser escritor a cualquier precio. Con la perspectiva que da el tiempo, podemos observar que la telegrafía es uno de esos oficios que desapareció por el avance tecnológico en las comunicaciones. Esto no es extraño. En un mundo en el que los procesos de extinción se aceleran, vemos como desaparecen especies de la flora y la fauna, idiomas que entran en desuso, tradiciones que pierden importancia y profesiones que se vuelven inútiles. Podemos preguntarnos acaso, ¿dónde se consigue hoy una secretaria taquígrafa; un mecánico de máquinas de escribir; un alfarero, unos radioaficionados?. La lista sería interminable. De manera que Sincé, Aracataca, Ayapel, Achi; Sucre (Sucre), Riohacha y tantos otros municipios en los que ejerció Gabriel Eligio su oficio de telegrafista, perdieron con su renuncia, un buen técnico en las comunicaciones de la época, pero ganaron un notable médico homeópata, que es orgullo suyo y nuestro, como cultor de una ciencia médica, que no se va a extinguir como un oficio obsoleto, sino que ha evolucionado científicamente y sigue evolucionando en el campo de la investigación y la práctica médica, como una de las grandes conquistas de la humanidad en el arte y la ciencia de curar a sus semejantes, procurando que recuperen la salud, el bienestar y la alegría de vivir. En sus estudios de medicina - sin haber tenido acceso a una formación clínica-, Gabriel Eligio entendió cabalmente la gran diferencia entre las dos escuelas: la escuela tradicional alopática y la homeopatía. Y entendió que la curación era posible dependiendo del avance de la enfermedad por el método homeopático a través de la reporterización de los síntomas mentales, vinculados a la voluntad, a la afectividad, a los instintos, a las emociones y los síntomas intelectuales. Era nada más y nada menos, que el descubrimiento de la enorme importancia de esta sintomatología, siguiendo las enseñanzas de Hahnemann y de sus discípulos. Gabriel Eligio, atendiendo la importancia del síntoma mental, debió comprender lo dicho por los Griegos en el sentido de que la muerte viene del alma -y agregamos nosotros- que así mismo, la curación y la salud pueden venir del alma y de cómo el inconsciente es el taller donde Dios trabaja, sin que falten quienes crean que es el taller donde también trabajan los demonios. Una tendencia -que viene de tiempo atrás- de la medicina española, antiortodoxa, antidogmática y anticientífica, y que cuenta con valores irreprochables en distintas épocas, como el Padre Feijoo, Santiago Ramón y Cajal y Gregorio Maraño, entre otros, advertía que las enfermedades reales y las imaginadas podían reducirse a una sola, esto es, **a la tristeza de vivir**, partiendo del supuesto de que vivir no es en el fondo, usar la vida, sino defender la vida, luchar siempre por preservarla como unidad y totalidad.

Vienen a mi memoria las palabras del profeta Buda en el sermón de Benarés: Quien es, pues, el sufrimiento? Nacimiento es sufrimiento, vejez es sufrimiento, enfermedad es sufrimiento, muerte es sufrimiento, estar unido a alguien en el desamor es sufrimiento, estar separado del amado es sufrimiento, no lograr lo que se desea y aspira, también es sufrimiento.

Intervención del Dr. Carlos Rugeles Castillo, Presidente del Consejo Directivo de la Fundación Universitaria Luis G. Páez, el día 15 de noviembre de 2014, en el Congreso Internacional de Homeopatía, llevado a cabo en la ciudad de Bogotá.

Frente al sufrimiento humano instamos a los escépticos y a los afligidos a que admitan a sus experiencias la medicina homeopática, sin perder de vista que el enfermo y la enfermedad conforme a su proceso evolutivo puede requerir terapias distintas y que la homeopatía no es, ni puede ser, una panacea y que de consiguiente tiene unos campos específicos de acción.

A quienes pretenden, desconocer la importancia del síntoma mental, valdría la pena preguntarles, ¿cómo y en qué medida un gran conflicto cualquiera que sea su origen, puede afectar gravemente la salud de una persona?. Hay quienes afirman en este mismo sentido que detrás de todo cáncer es muy posible que exista un gran conflicto, desde luego, siempre y cuando tenga en el trasfondo una predisposición genética. Valdría la pena también preguntarles, ¿cuánto puede pesar en la vida de un ser humano una pena de amor, un fracaso sentimental, un desencuentro, un amor contrariado?. ¿Cuánto puede incidir en su equilibrio afectivo emocional, si la persona que lo sufre no tiene la capacidad o los medios para elaborar el duelo como proceso dialéctico, que tiene un punto de partida en la desidentificación de la persona y en la reestructuración de la personalidad hasta llegar al olvido, pues no hay dolor espiritual más profundo para el ser humano, que la separación temporal o definitiva de las personas amadas?. En esos avatares, en esas trampas de la vida, la homeopatía acude solícita a socorrer a las personas que padecen ese sufrimiento, no porque la homeopatía sea capaz de eliminar la pena, sino porque tiene los medios de reducir, hasta cierto punto, el sufrimiento a categorías normales, atenuando la hiperestesia que produce el conflicto, porque como ya se dijo, es una filosofía de la medicina que tiene en cuenta en forma integral al ser humano y no lo escinde en órganos y sistemas, sino que por el contrario, lo integra en toda su unidad física, mental, emocional y espiritual.

Quiero reiterar una vez más, en defensa de la vida y la obra de Gabriel Eligio García, que él no era ni mucho menos un “tegu” en el ejercicio de la medicina, como lo afirma Gerald Martín, uno de los biógrafos del Premio Nobel. Esta afirmación es en el fondo la expresión de un prejuicio y no de un juicio crítico, que encierra además por parte de algunos de sus allegados, una imperdonable ingratitud, que es uno de los peores defectos del ser humano, porque la gratitud bien sabemos es de aquellas virtudes cuyo ejercicio debe ser continuo y solo puede caducar con la muerte. Basta con haber sido ingratos en un momento dado, para no haber sido gratos nunca. Gabo antes que nadie, no podía desconocer la eficacia y bondades del método terapéutico utilizado por su padre en el ejercicio de la medicina. Quienes hayan leído su libro “Vivir para contarla” recordarán que cuando él cursaba sus estudios en Barranquilla, en el Colegio San José, regentado por los Jesuitas, sufrió una grave crisis nerviosa que lo tuvo al borde de la locura, si no hubiese sido por los efectos prodigiosos de un medicamento homeopático que le suministró su padre.

Evocando algunos de los aspectos de la vida familiar de Gabriel Eligio, nos sorprende sobremanera lo dicho por Gerald Martin sobre las relaciones de Gabo

Intervención del Dr. Carlos Rugeles Castillo, Presidente del Consejo Directivo de la Fundación Universitaria Luis G. Páez, el día 15 de noviembre de 2014, en el Congreso Internacional de Homeopatía, llevado a cabo en la ciudad de Bogotá.

con su padre, en el sentido que no fueron las mejores; que habiendo sido confiado desde muy pequeño al cuidado de sus abuelos maternos, sintió la sensación de abandono, lo que marcó las relaciones familiares entre ellos. Afirma el biógrafo, a renglón seguido, que el trato de Gabo a su progenitor era desconsiderado, cargado de resentimiento y que se expresa, en muchos de los juicios, en los que lo califica, en términos absolutamente desobligantes. Esta actitud podría explicar de alguna manera, la displicencia con que se refiere en forma reiterativa al ejercicio médico homeopático de su padre, aunque en el fondo podemos palpar en sus obras la nostalgia por no haber sido médico, lo que para algunos, entre ellos el destacado galeno Fernando Sánchez Torres, Ex Rector de la Universidad Nacional de Colombia y autor de un excelente escrito periodístico sobre la medicina en la obra de Gabo, García Márquez fue un médico frustrado, lo que él deduce indiciariamente de algunas actividades del Premio Nobel: la lectura de enciclopedias y la documentación en otras fuentes sobre aspectos galénicos y la acumulación en su mesa de trabajo de montones de libros que hablaban de alquimia y de navegantes; manuales de medicina casera; crónicas sobre pestes medioevales; manuales de venenos y antídotos; crónicas de indias; estudios sobre escorbuto, el Beriberi y la pelagra y de cómo Melquiades, personaje de “Cien Años de Soledad”, era un fugitivo de cuantas plagas y catástrofes habían flagelado al género humano y cómo pudo sobrevivir a la pelagra en Persia, al escorbuto en el Archipiélago de Malasia, a la lepra en Alejandría, al Beriberi en el Japón, a la peste bufónica de Madagascar y de cómo en su novela cumbre, que más que una mirada a cien Años de Soledad y de abandono, es testimonio y memoria del subdesarrollo de nuestros pueblos, circulan toda clase de epidemias: aparecen la viruela y la rabia y la peste de fondo en “Del Amor y otros Demonios”. Agrega el profesor Sánchez Torres, que el Nobel echó mano de gran número de patologías médicas, de vocablos y decires propios de la fraseología galénica y puso a desfilar en las páginas de sus obras a cultores de la medicina, como personajes centrales de sus narraciones. De ahí que Sánchez Torres, se reafirma en que Gabo tenía una evidente afición por la medicina y que en el fondo era un médico frustrado.

Lamentamos de veras que el Nobel no hubiese sido tan acucioso en la investigación de los orígenes, fundamentos científicos y desarrollos de la ciencia médica homeopática, a pesar haber sido testigo, en parte, de la labor médica exitosa de su padre y dada su permanencia en México durante muchos años, país en el que la homeopatía ha logrado avances muy significativos. Si por el contrario hubiese hecho una investigación seriamente conducida sobre la Homeopatía, muy seguramente en lugar del estribillo de que era hijo del telegrafista de Aracataca, habría dicho sin falsas modestias ni atisbos de una supuesta humildad, que era el hijo primogénito de un notable medico Homeópata, orgullo de sus coterráneos y orgullo nuestro por su lucha inquebrantable, por imponer un nuevo método en la ciencia y el arte de curar.

Quiera el supremo hacedor de todas las cosas, que el legado de Gabriel Eligio García, lo recoja Sincé su pueblo natal y le tribute el debido homenaje, perpetuando su memoria, teniendo en cuenta el mérito fundamental de su vida y

Intervención del Dr. Carlos Rugeles Castillo, Presidente del Consejo Directivo de la Fundación Universitaria Luis G. Páez, el día 15 de noviembre de 2014, en el Congreso Internacional de Homeopatía, llevado a cabo en la ciudad de Bogotá.

para que se le recuerde por lo que fue y será siempre para todos nosotros: un notable médico homeópata.

Así lo esperamos después de muchos años de olvido, pero nos fortalece la esperanza de que ese día ha de llegar, y si aún nos parece lejano, nos reconforta la sabiduría proverbial de los pueblos viejos, de que nunca es tan oscura la tierra, como un instante antes del amanecer.

Muchas gracias.

Intervención del Dr. Carlos Rugeles Castillo, Presidente del Consejo Directivo de la Fundación Universitaria Luis G. Páez, el día 15 de noviembre de 2014, en el Congreso Internacional de Homeopatía, llevado a cabo en la ciudad de Bogotá.